

# LA PULSIÓN Y EL LAZO SOCIAL. COMBINACIÓN DE GOCE Y DESEO, LAZO Y FRACTURA, AMOR Y ODIOS QUE SE ENCUENTRAN INTRINCADOS EN EL MOVIMIENTO DE LAS PULSIONES

## THE PULSION AND THE SOCIAL TIE. COMBINATION OF POSSESSION AND DESIRE, TIE AND FAULT, LOVE AND HATE THAT ARE INTRICATE IN THE MOVEMENT OF PULSIONS

Recibido: abril 29 de 2008/Aceptado: octubre 29 de 2008

CARLOS ANDRÉS HURTADO DÍAZ\*

*Universidad John F. Kennedy - Argentina*

**Key words:** Social tie, pulsion, desire, Totemism.

### Abstract

The present article is drawn from a personal research that some years ago was initiated in Risaralda's Catholic Popular University (Colombia) in the psychology program about the idea of Pulsion and today is promoted from Master in Psychoanalysis of the University Argentina John F. Kennedy. It is trying to make clear as the sequence. The Author tries to demonstrate as the sequence: Totem, father, law and desire gives origin to the different social organizations. Analyzing the strengthen relation and coordination between unconsciously, pulsion and social tie, which was formulated by Freud, through oedipal myths and through primitive hordes, and it makes clear that established social ties are possible thanks to the plasticity of pulsion, which osculate in swing and forces the subject between good and evil, love and hate, possession and desire, tie and fault. It should be highlighted that the research is limited from the Freudian Psychoanalytic Theory point of view.

**Palabras clave:** Lazo social, Pulsión, Goce, Totemismo.

### Resumen

El presente artículo se extrae de una investigación personal que hace algunos años fue iniciada, en el programa de Psicología de la Universidad Católica Popular de Risaralda (Colombia), sobre la noción de Pulsión y que hoy día es impulsada desde la Maestría en Psicoanálisis de la Universidad Argentina John F. Kennedy. Se intenta evidenciar como la secuencia: Tótem, padre, ley, deseo da origen a las diferentes organizaciones sociales. Al analizar la estrecha relación y articulación entre inconsciente, pulsión y lazo social, que Freud formuló en su clínica, a través de mitos edípicos y de las hordas primitivas, se evidencia que los lazos sociales establecidos son posibles gracias a la plasticidad de la pulsión, la cual oscila en un vaivén que entrama al sujeto entre el bien y el mal, el amor y el odio, el goce y deseo, el lazo y la fractura. Cabe aclarar que la investigación se inscribe en el marco de la teoría psicoanalítica freudiana.

\* Psicólogo. Maestrando en Psicoanálisis. Universidad Argentina John F. Kennedy. E-mail: andres\_hurta@hotmail.com

*...imaginemos canceladas sus prohibiciones: será lícito escoger como objeto sexual a la mujer que a uno le guste, eliminar sin reparos a los rivales que la disputen o a quien quiera que se interponga en el camino; se podrá arrebatarse a otro un bien cualquiera sin pedirle permiso: ¡qué hermosa sucesión de satisfacciones sería entonces la vida! Claro que enseguida se tropieza con la inmediata dificultad: los demás tienen justamente los mismos deseos que yo y no me dispensarán un trato más considerado que yo a ellos.*

**Sigmund Freud (1927)**

En el comienzo de su texto *Psicología de las masas y análisis del yo*, Sigmund Freud (1921) afirma que los vínculos más cercanos de los sujetos, como son las relaciones con la persona amada, los padres, hermanos, amigos, maestros, etc., es decir, aquellas figuras que en el transcurso de la vida, y primordialmente en la infancia, se constituyen en figuras importantes, son considerados, sin embargo, como asunto de una simple psicología individual por parte de la psicología social o de las masas. Esto implicaba que la descripción de los fenómenos psíquicos solo tenía valor como resultado del factor numérico del grupo o, con otras palabras, por el tiempo determinado que dichas figuras estuvieran en la vida del individuo.

Pero el Psicoanálisis ha develado que tales figuras no solo son relevantes en la historia de cada sujeto, sino que se constituyen en figuras ligadas al saber, a la identificación, al amor y a todos aquellos lazos que posteriormente le servirán para pensar los fenómenos transferenciales fundamentales en la clínica psicoanalítica. En el citado texto, como en muchos otros, encontramos un Freud que captó la forma como estas figuras evocan

en la psicología individual las anteriores huellas dejadas por las primitivas relaciones con los otros parientes. Las relaciones con el maestro, la hermana o el amigo son establecidas por el sujeto como intentos de repetir identificaciones o relaciones amorosas, en una vía nueva para la pulsión que ha sido tomada por la represión. De modo que las primitivas relaciones eróticas establecidas por el sujeto en su paso por el Edipo crearán nuevas vías, nuevos avatares para la pulsión.

De los primitivos lazos eróticos deben emerger entonces los lazos de afecto y amistad, es decir, aquellos lazos que hacen posibles los nuevos vínculos —de la madre a la mujer, del padre al maestro, por ejemplo—, según las nuevas vías exigidas por la civilización, vías propuestas al ser que habla para que pueda insertarse en una colectividad.

Entonces, si bien la pulsión siempre está en busca de satisfacción, ella misma permite, sin embargo, buscar nuevos fines, alejados de las metas sexuales directas, gracias a la represión y, en general, a la educación, a las nuevas vías erigidas desde la ley de la palabra y de la colectividad. Los vínculos establecidos con los otros filiales dan cuenta así de los avatares de la pulsión. Esta tendrá varios destinos que, sabemos, incluyen el propio sujeto, la agresividad, el otro, la sublimación, etc., es decir, el paso por el otro en el odio o el amor, pero también la retroacción a sí mismo, la sublimación, etc. Se trata en fin de exigencias de satisfacción, que evocan la naturaleza agresiva y sexual de la pulsión, pero al mismo tiempo, su posibilidad de orientarse por otros caminos, la vuelta por otros recodos que, de no ser posibles, tampoco lo sería la civilización.

Lo anterior da cuenta entonces de una plasticidad propia de la pulsión: su naturaleza consiste en buscar siempre la satisfacción, pero, a su vez, la posibilidad de su renuncia para dirigirse hacia fines más elevados. Esta mezcla pulsional constituye, en últimas, un sujeto escindido entre su palabra y la pulsión, en quien se encuentran, de un lado, su origen sexual e inconsciente, su esencia agresiva, en su empuje siempre dispuesto a devorar, a apropiarse del otro; y, de otro lado, su deseo, su palabra, su posibilidad de alcanzar fines sublimados, que establecen lazos más fuertes y duraderos entre los seres humanos.

Ahora bien, si nos remontamos a los orígenes de nuestras colectividades, se halla que una de las maneras más antiguas que permitió a los sujetos establecer lazos sociales fue, según algunos antropólogos, el sistema del Totemismo, que caracterizaba, por ejemplo a los pobladores primordiales de Australia, quienes se dividían en estirpes pequeñas o clanes que se distinguían con el nombre de un Tótem. Según Freud (1913), el Tótem podía ser un animal comestible e inofensivo, o peligroso y temido; como también, pero esto era raro, una planta o una fuerza natural (lluvia, agua), que mantenía un vínculo particular con la estirpe entera (p. 12) Los clanes tenían como regla fundamental el considerar a todos sus miembros como parientes, creándose así una de sus grandes normas, que consistía en prohibir al varón relaciones sexuales incestuosas, esto es, con cualquier mujer de su misma estirpe; así mismo, esta prohibición conllevaba la obligación de erigir el Tótem como animal sagrado, que recordaba a los miembros del clan no solo la interdicción de origen, sino la de devorar o matar el Tótem.

En su memorable estudio de 1913 ya citado, *Tótem y tabú*, Freud indica que, por medio del sistema totémico y los preceptos-tabú, los sujetos iniciaron los primeros lazos civilizados al construir relaciones filiales de confianza, lazos tiernos que permitieron los primeros esbozos de las posteriores civilizaciones. El totemismo les recuerda a los miembros del clan que la prohibición se encuentra en el origen mismo de las civilizaciones. La creación de la exogamia, es decir, el mandato de excluir el goce inmediato y situar el deseo afuera, en un lugar externo al ocupado por el propio clan es, podría decirse, la primera noción de familia. Allí se originó el mito del que Freud echa mano para ilustrar el drama edípico, la renuncia a la mujer del padre para dirigir el deseo hacia otra mujer. Orígenes míticos que sirven a Freud para pensar las leyes del deseo.

Evocar la prohibición fundamental en el origen mismo de todo tejido familiar y social, consentir con el No fundamental al incesto, permite la renuncia al goce directo, primario, anárquico, para dar paso a la palabra, a los nuevos destinos de la pulsión, que sitúan al sujeto en los predios del deseo, del pensamiento, de los lazos filiales y civilizados. Sin embargo, los nuevos destinos de la pulsión no implican la pérdida total de los rasgos agresivos y sexuales que ésta lleva consigo. Hay que tener en cuenta, pues la historia de las civilizaciones lo recuerda constantemente, que no hay una total renuncia de los contenidos de hostilidad, agresión y muerte hacia el otro.

Tejer lazos, construir civilizaciones, convocar la paz, el pensamiento, pero al mismo tiempo, la fractura constante de los acuerdos, el atropello a los pactos pa-

sados por la palabra, los asesinatos, la segregación, etc., solo dan cuenta de la mezcla de goce y deseo, lazo y fractura, amor y odio que se encuentran intrincados en el movimiento de las pulsiones.

Al retomar los orígenes míticos de nuestras civilizaciones, nos topamos con el pacto primigenio marcado por el totemismo, lo cual nos enseña, a través de las experiencias del psicoanálisis, que las supuestas repugnancias innatas al comercio incestuoso fueron en realidad impuestas por los pueblos primitivos y que no se derivaban más que de un tabú “social” al incesto. Respecto a esto, el propio Freud (1913) expresó:

*...el horror de los salvajes al incesto se ha discernido como tal, y no requiere más interpretación. Lo que nosotros podremos añadir para apreciarlo es este enunciado: se trata de un rasgo infantil por excelencia, y de una concordancia llamativa con la vida anímica del neurótico. El psicoanálisis nos ha enseñado que la primera elección de objeto sexual del varoncito es incestuosa, recae sobre los objetos prohibidos madre y hermana; y también nos ha permitido tomar conocimiento de los caminos por los cuales él se libera, cuando crece, de la atracción al incesto.*

Freud propone así que las primeras mociones sexuales del individuo joven ocurren por regla general de manera incestuosa. A lo anterior le agrega, además de las experiencias del psicoanálisis, un planteamiento de Charles Darwin relativo al “estado social primordial del ser humano”. Dicho planteamiento, anterior al totemismo, explica la manera de vivir del hombre originario;

éste vivía en pequeñas hordas en las que el macho más fuerte y viejo impedía la promiscuidad sexual y defendía celosamente a todas y cada una de las mujeres, empeño que incluía la expulsión de los hijos varones cuando ya estaban en condiciones de iniciar el comercio sexual. Con la llegada del totemismo, las reglas serían iguales, solo que dentro de este nuevo sistema.

Ahora bien, si nos acercamos al análisis de casos que Freud trató, por ejemplo: la zoofobia del pequeño Hans y la perversión del pequeño Arpad, y de acuerdo con las teorías del complejo de Edipo y del complejo de castración, se aclara la forma como el psicoanálisis se ha apoyado en el mito de la horda primitiva y en el sistema totémico para entender y nombrar aquello que sucede en el sujeto con la emergencia de la palabra y del deseo, en otras palabras, del sujeto inserto en la colectividad. Como el totemismo supone de manera implícita que el Tótem es el padre, la angustia frente a él sustituye a la angustia por la represalia del padre, es decir, su amenaza castradora.

De este modo, si el totemismo es la identificación de un hombre con su Tótem y este tótem es el padre, entonces las condiciones del complejo de Edipo surgen con el totemismo, pues, los preceptos-tabú de dicho sistema son similares a los del nombrado complejo: no matar al tótem-padre y no usar sexualmente a ninguna mujer-madre-hermana por temor a ser castrado por el padre.

Una norma básica del sistema totémico consistía en no comer ni matar al Tótem. Los orígenes de la civilización y la renuncia al goce directo que Freud apoya, re-

tomando los estudios acerca del totemismo de William Roberts Smith indican que la forma de establecer lazos entre los miembros del clan era el llamado “Banquete Sacrificial”, el cual invitaba e imponía a todos los miembros del clan beber la sangre y comer la carne de un animal sacrificado.

Al respecto, Freud (1913) plantea que lo que aquella ceremonia evocaba *en realidad, era el antiguo animal totémico, el dios primitivo mismo, a través de cuya matanza y devoración los miembros del clan refrescaban y reafirmaban su semejanza divina* (p. 140). Sin embargo, a pesar de que tal rito era llevado a cabo con el objetivo de lograr una mayor identificación con el Tótem y lazos sociales entre los miembros del clan, esto no excluía que, posterior a la muerte y consumación del sacrificio, aparecieran fuertes sentimientos de culpa y ambivalencia. Por eso, con el fin de resarcir dicho asesinato, los miembros del clan consumaban a continuación todo un ritual de lamento y duelo.

Esta situación mítica sacrificial permitió ilustrar a Freud aquellos sentimientos de ambivalencia emergidos en el complejo paterno de los niños, en tanto su intenso deseo por la madre les lleva imaginariamente a consumir la muerte y expulsión de su rival, el padre. Es este quien posee a la madre, presencia hostil y molesta que debe ser devorada, excluida y asesinada, pues, es dicha presencia la que evoca siempre la prohibición, la que recuerda al niño que esa mujer-madre es interdicta para él. Y, como a los antiguos hombres de la horda, esta prohibición lo obligará más tarde a buscar fuera de la familia a las mujeres no prohibidas para el goce.

Tótem y Padre resultan así un binario del que Freud echa mano para ilustrar su clínica, un binario que mostró siempre el goce y la prohibición, la mezcla de amor y odio, de tendencia a la satisfacción y la renuncia a dicha satisfacción, y que le llevó a descubrir no solo la naturaleza pulsional, sino los orígenes mismos de todo lazo social.

Posteriormente, “destruido” el padre, al salir de su designio, ya no es el impulso hacia el asesinato, sino la culpa por la trasgresión, la persecución por el asesinato cometido, el borramiento de la ley, lo que lleva a los hijos a reunirse y a invocar de nuevo el símbolo, el Tótem, que les devuelva la paz, los lazos perdidos por la anarquía de un goce no mediado por él. Es allí donde se erige de nuevo aquel animal, aquella figura que si bien prohíbe, también restablece un orden perdido.

Tótem, padre, ley y deseo es la secuencia que da origen a las diferentes organizaciones sociales, cada una con un sustituto de aquel padre y además con todos sus preceptos-tabú. *Tras eliminarlo, tras satisfacer su odio e imponer su deseo de identificarse con él, forzosamente se abrieron paso las moliciones tiernas avasalladas entretanto. Así nació una conciencia de culpa que en este caso coincidía con el arrepentimiento. El muerto, recobró peso, se volvió aun más fuerte de lo que fuera en vida; todo esto, tal como seguimos viéndolo hoy en los destinos humanos* (Freud, 1913, p. 145).

Por todo lo anterior, el hecho planteado por la psicología de las masas en el sentido de negar la importancia de las relaciones del sujeto con sus más cercanos queda en gran medida cuestionado.

Pero Freud no se limitó a señalar estos cuestionamientos en su obra de 1921. En *El malestar en la cultura* (1930), él propone que la renuncia de lo pulsional permite la edificación de la cultura, lográndose esta por medio de un sometimiento que consiste en desviar a la pulsión hacia unas metas más moderadas que la satisfacción directa. Así el individuo lograría liberarse y protegerse de una gran parte del sufrimiento.

Sin embargo, *es innegable que con el sometimiento de esta pulsión sobreviene una reducción de las posibilidades de goce. El sentimiento de dicha provocado por una satisfacción de una pulsión silvestre, no domada por el yo, es incomparablemente más intenso que el obtenido a raíz de la saciedad de una pulsión enfrenada. Aquí encuentra una explicación económica el carácter incoercible de los impulsos perversos y acaso también el atractivo de lo prohibido como tal* (Freud, 1930, p. 79).

De esta manera vemos que, aunque se logre mitigar gran parte de nuestro sufrimiento por medio de las prohibiciones y limitaciones culturales, hay también en el ser humano una asombrosa hostilidad a la cultura. En la hostilidad, en el odio, en la agresividad no solo hacia los otros, sino hacia sí mismo, hay un resto que es tramitado por el individuo fuera de toda norma, de toda ley, como reclamo a las limitaciones y prohibiciones respecto a la satisfacción sexual y a todas las exigencias del medio cultural: la educación, los ordenamientos de abstinencia y de castidad por parte de la iglesia, la igualdad exacerbada, en fin, toda esta clase de ideologías impuestas que confrontan al sujeto y lo llevan a responder en muchas ocasiones con hostilidad y agresión.

Como se afirma en el transcurso de este artículo, el lazo social en los humanos ha sido relacionado no solo con la protección al sufrimiento que pueda ejercer la cultura sino también con el odio o, más aún, con las conductas agresivas. Siguiendo esta idea, Zafiropoulos (2003) encuentra una de las más fuertes causas de esta situación en las mismas reglas sociales o en las exigencias culturales: *la violencia originaria del parricidio y su recuerdo totémico (el nombre del padre (muerto)) se encuentran en el origen de las reglas sociales pero también (y es lo que nosotros agregamos) en el corazón de las masacres de masas* (p. 38).

Por lo tanto, cuando Freud indica al parricidio como el mito fundante de la sociedad humana, vemos que esto no es suficiente para aclarar la fuente de la agresividad, pues, en su clínica, él también descubre que si bien renunciar a las exigencias pulsionales, derivadas de ese primer asesinato, es necesario para que puedan establecerse las alianzas y pactos entre los seres humanos, la renuncia no parece ser la fuente de pacificación, sino al contrario, a más renuncia pulsional, más exigencia.

La cara feroz del Superyó que Freud escucha en su clínica, le revela un lado oscuro e insaciable de esta instancia que no parece silenciarse ni pacificarse, en tanto no perdona, por dar rienda suelta a la pulsión, pero tampoco absuelve cuando ésta es sofocada por los cánones culturales o morales. En la relación originaria del sujeto con la pulsión, quien es juzgado tanto como por acceder a ella como por renunciar a sus exigencias de satisfacción, se establece una ambigüedad. Ambigüedad establecida en el acatamiento del sujeto a la ley, que lo introduce al mundo de la palabra, pero, al mismo tiempo, le engendra una culpa que es otra de las caras de la

agresividad que Freud escuchó en la reacción terapéutica negativa, en el empecinamiento, en el sufrimiento y, como ya se dijo, en los juicios tiránicos que cada sujeto tiene que enfrentar en las voces del Superyó.

Para ir concluyendo, traigo a colación una cita del libro que venimos comentando, quizás no muy alentadora, pero que convoca reflexiones y sobre todo propuestas frente al quehacer del analista en el mundo actual, donde cada vez más los sujetos tienden a fracturar los lazos sociales:

*Las pasiones que vienen de lo pulsional son más fuertes que unos intereses racionales. La cultura tiene que movilizarlo todo para poner límites a las pulsiones agresivas de los seres humanos, para sofrenar mediante formaciones psíquicas reactivas sus exteriorizaciones. De ahí el recurso a métodos destinados a impulsarlos hacia identificaciones y vínculos amorosos de meta inhibida; de ahí la limitación de la vida sexual y de ahí, también, el mandamiento ideal de amar al prójimo como a sí mismo, que en la realidad efectiva solo se justifica por el hecho de que nada contraría más a la naturaleza humana originaria. Pero con todos sus empeños, este afán cultural no ha conseguido gran cosa hasta ahora (p. 109).*

¿Qué se ha conseguido o qué proponer entonces desde el psicoanálisis?

Dejo abierta por el momento la pregunta y retomo el discurso previo: Si la cultura, si la sofocación pulsio-

nal no logra poner límites suficientes a la estructuración arcaica y primitiva de la agresividad en el sujeto humano hablante, tampoco se puede permitir la entera victoria a la pulsión. Por el contrario, se debe indagar más a fondo y empezar el trabajo psicoanalítico.

Freud sugiere, por ejemplo, que los seres humanos no se destruyen a sí mismos o a otros por asuntos de nacimiento, pobreza o falta de cubrimiento o satisfacción a sus necesidades básicas, como tantas veces se ha querido indicar.

Si bien tales asuntos de orden externo no se pueden obviar y siempre hay que alentar a otras disciplinas a ocuparse de ellos, realmente tampoco se pueden establecer como causas de todo el conflicto interno que el sujeto vive desde su encuentro con el otro, desde esa renuncia que no puede ser pensada por fuera de su hostilidad, puesto que con la renuncia a sus pulsiones, que implica un No originario, un no fundamental en aras de un más allá, nuevo y extranjero, el incipiente sujeto experimenta también hostilidad, origen quizá del odio por todo lo externo.

Aquella condición psíquica originaria nos indica que desde el comienzo mismo de las funciones intelectuales del sujeto, las relaciones con lo otro, con todo lo exterior y los objetos, son teñidas de odio. Lo exterior le recuerda al sujeto aquello de lo que no quiere saber —la asunción de la palabra, el sí a la humanización— que, sabemos, le implica renunciar al estado de placer originario, como se ha venido mencionando en este escrito.

Por lo tanto, es fundamental destacar que hay un



más allá en la subjetividad de cada quien, un más allá de nuestros límites que es al mismo tiempo esa tendencia arcaica fundante de la cultura misma, que ha engendrado el odio entre los seres humanos y que, en los decires diarios de su clínica, Freud empezó a develar y advertir desde sus estudios acerca de la pulsión, el inconsciente y el origen fundante de las comunidades humanas. Ese más allá que en su texto de 1920, *Más allá del principio del placer*, nombró como *pulsión de muerte*.

Por eso, entonces, la propuesta psicoanalítica consiste en propiciar el saber acerca de lo peor que nos habita, en un conocer qué pérdidas de la historia de cada sujeto le han implicado duelos y renunciaciones, qué dolor ha quedado ligado a las palabras y al cuerpo y de qué modo en estas palabras y en el cuerpo se gestan los síntomas particulares. El modo en que cada quien se hace daño, se arremete a sí mismo y a otros para recordar dolores antiguos, a los que aún no termina de renunciar: saber esto o saber acerca de esto es lo que el psicoanálisis ofre-

ce a cada sujeto, pero también un modo distinto de pensar la agresividad en el ámbito social.

## REFERENCIAS

- Freud, S. (1913). *Tótem y tabú*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XIII.
- Freud, S. (1920). *Más allá del principio de placer*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVIII.
- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XVIII.
- Freud, S. (1927). *El porvenir de una ilusión*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XXI.
- Freud, S. (1930 (1929)). *El malestar en la cultura*. En: *Obras completas*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, Vol. XXI.
- Zafiroopoulos (2003). Clínica de la violencia, 4 y 5 de octubre. *Revista de Psicoanálisis Monográfico*. Barcelona: FÓRUM psicoanalitic.